



EL
RITUAL
Una novela mágica

Marina y Sergey
DYACHENKO

Ediciones
Tomodomo



I

Dulces llamas me estallan en la garganta.

Como una copa que cae por accidente,

La tierra se escapa.

Arm-Ann

* * *



us pasos resonaban huecos en el silencio, rondaban los pasillos, rebotando contra paredes invisibles en la oscuridad.

Luego el sonido se volvió más sordo. Sintió en la cara un soplo de aire viciado, casi imperceptible, y apretó el paso.

Las paredes se separaron. La luz ya no las alcanzaba, a pesar de que la antorcha ardía viva y estable. El techo abovedado también se perdía en la oscuridad.

Había estado allí incontables veces. Entonces, ¿de dónde surgía esa insistente sensación de una presencia ajena? ¿No habían caído en el olvido aquellos cuyos nombres estaban esculpidos allí, en la piedra?

La antorcha sacó de la oscuridad una columna de forma irregular, pesada y robusta. Parecía como si su superficie estuviese cubierta por una red de intrincados encajes.

¿Cómo sabe una hoja en qué momento ha de brotar del árbol?
¿Cuándo debe encarar el sol, mudar el color y caer a los pies de los

seres vivos? ¿Acaso la última hoja no es una prolongación del tallo, de la rama, del tronco; acaso la ultimísima hojita no es mensajera de las raíces, que pocos tienen el privilegio de ver?

Pasó la mano por las antiguas inscripciones que surcaban la piedra.

«Y clamó el poderoso Sam-Ar, convocando a sus partidarios, y su voz se asemejaba a la del cielo enfermo, y sus palabras eran amargas como el bronce envenenado. Reunía bajo el ala a sus hijos, sobrinos y a todos los parientes portadores del fuego... Y tuvo lugar la gran batalla, y cayeron bajo los golpes de Yukka los hijos, sobrinos y parientes, estallando en llamas... Sam-Ar miró alrededor y vio al monstruoso Yukka, que volvía a alzarse desde el agua... Y se batieron, y el sol ocultó horrorizado su semblante, y las estrellas huyeron despavoridas, y el viento, chamuscado, desfalleció y se desplomó... Sam-Ar era invencible y ya estaba triunfando, mas Yukka, maldito sea su nombre, se esmeró vilmente y rodeó con sus nudos a Sam-Ar, y lo arrastró a las profundidades, y apagó sus llamas, y lo desarmó. Así pereció el poderoso Sam-Ar. Recordad, vástagos, de quién es la sangre que os sustenta...».

Leía con dificultad: en algunos pasajes el texto se había desgastado, desprendido, a pesar de que durante muchos siglos no lo había tocado ni el sol, ni la lluvia, ni el viento.

«Hay que decidirse», pensó, cansado. Ya habían vencido todos los plazos. Debía decidirse y que se cumpliera lo que tuviera que cumplirse. «De quién es la sangre que os sustenta...».

Rodeó la robusta columna. En el lado opuesto estaba esculpido un enorme dibujo perfectamente conservado: rompían las olas marinas, desde el agua se alzaba un repugnante y terrorífico monstruo, y

lo sobrevolaba remolineando un dragón que exhalaba fuego.

«De quién es la sangre que os sustenta...».

Había que decidirse. Era ineludible. No se trataba más que de un ritual, fastidioso pero totalmente inofensivo. Un ritual nada más.

Cruzando la oscuridad, caminó hacia otra columna igual de colosal y amorfa. Acercó la antorcha, examinando signos, símbolos, fragmentos de textos...

«Días... se cubrirá de gloria... desolación... el nombre de Lir-Ir, el hijo de Nur-Ar, el nieto... su triunfo en el oficio».

Triunfo...

El camino de vuelta lo recorrió con decisión, hasta con prisa. Conocía los pasajes del castillo desde la cuna, si fuera necesario podría apañárselas sin la antorcha. La luz solo le hacía falta para distinguir los caracteres tallados en la piedra.

En una amplia y polvorienta habitación, donde una estrecha ventana filtraba a regañadientes la luz grisácea, apagó la antorcha y se acercó a un gran espejo resquebrajado.

Había que decidirse.

Desde las profundidades de su memoria, brotó un dulce aroma a flores. Se le nubló la vista, sintió una pesada oleada de náuseas y, solo con un desesperado esfuerzo de voluntad, logró recuperar el control.

Maldita debilidad...

Pasó la mano por la opaca superficie del espejo, quitando una espesa capa de polvo.

Desde las turbias profundidades, lo miró la cara alargada de un hombre moreno y enjuto, de estatura mediana, abatido y abrumado.

Había que decidirse.

Volvió a pasar la palma y el espejo se iluminó desde dentro. Centellearon reflejos, manchas de color, apareció una gran cabeza de caballo, luego una pezuña... La rueda de un carro...

Se echó hacia delante y frunció el entrecejo mientras miraba fijamente las imágenes que se iban sucediendo.

Mucha gente, ajetreo... Parecía que se acercaba una fiesta... Montañas de cajas de sombreros... El carnaval, se celebraría el carnaval de sombreros. Las coloridas torres del palacio real... Un encerador con un trapo, cocineros delante de los fogones... Una cortina...

Tras la cortina, un paje desvergonzado le levanta a alguien la falda... De nuevo la cocina... Un salón de baile... Señoritas... Señoras... ¡Qué griterío!

—¡Pruébeselo, princesa! —el espejo transmitió un apagado fragmento de conversación.

Princesa...

Entornó los ojos.

Una criatura joven y encantadora de ricitos claros, ojos azules, vestido vaporoso de color turquesa...

—¡Excelente, princesa!

Las manos de alguien encasquetaron sobre la cabecita rubia un gran sombrero de terciopelo azul celeste y coqueto. Encima de la copa, distinguió un barquito de vela decorativo.

Apretó los dientes. «Recordad de quién es la sangre que os sustenta...».

* * *

La princesa May, de dieciséis años, retrocedió un paso más, agitó los ricitos y se rio alegremente. Sonrió satisfecho el maestro sombreroero, asintieron benevolentes dos costureras, y la doncella, que aguantaba con dificultad un gran espejo ovalado, murmuró palabras de aprobación.

El vestido turquesa y plata se ceñía a la figura cincelada de la princesa de forma adorable y natural, los diminutos zapatos bordados con piedras preciosas taconeaban intermitentemente por la expectación, brillaban los claros ojos azules en la neblina de un finísimo velo, y el sombrero...

El maestro sombreroero carraspeó y se frotó las manos con satisfacción por segunda vez.

El tocado de la joven princesa May iba a convertirse en un auténtico acontecimiento en el próximo carnaval de sombreros. Elaborado con admirable maestría, representaba una tormenta en el mar: encima de las anchísimas alas se batían olas de terciopelo cerúleo con crestas coronadas con espuma de encaje; una ola, la más alta, se elevaba sobre la copa, levantando un barquito pesquero bajo una blanca vela almidonada, diminuto, no más grande que una tabaquera. En el barquito, un pescador de porcelana luchaba contra los elementos. Si uno se fijaba, podía contar los botones de su chaqueta, azotada por un viento invisible. Cuando May sacudía la cabeza, el barquito se ladeaba, a veces hacia la derecha, a veces hacia la izquierda; ondeaba la vela, destellaban las lentejuelas de la superficie del mar de terciopelo y todos contenían el aliento por la intrepidez del pescador de porcelana.

—¡Excelente, princesa! —dijo la doncella. Sus compañeras —las había a montones en el ancho salón— asintieron dándole la razón.

La pequeña May todavía era incapaz de ocultar sus emociones; habiendo olvidado que una princesa debe mostrar firmeza y dignidad, se puso a dar alegres y ruidosas vueltas por la habitación.

Su hermana Bertrana, también princesa, pero dos años mayor, soltó una risita condescendiente. Bertrana no iba a la zaga a su hermana en lo que a elegancia y belleza se refería, solo que sus rizos eran más oscuros y su carácter algo más serio. Ahora se estaba probando un magnífico vestido de color rosa de té con un lacito en la cadera derecha y unos largos guantes de encaje. Sobre su sombrero bailaban en círculo joviales aldeanos, aunque no de porcelana, sino de raso. Estaban rellenos de sales aromáticas, por lo que desprendían un perfume fino y exquisito, que resultaba poco probable que fuera propio de unos campesinos danzantes de verdad.

—¡Te adoro, Berta! —May, que por poco no derriba a la modista que revoloteaba alrededor de su hermana, se echó al cuello de Bertrana y la besó en la mejilla con tanta efusividad que el pescador de porcelana estuvo a punto de caer en las profundidades de terciopelo.

—Ah, May —y Bertrana volvió a sonreír con condescendencia.

—¡Te adoro, Yuta! —exclamó May y, dejando a Bertrana, rodeó con los brazos el cuello de la mayor de sus hermanas, que se estaba probando un vestido en el rincón al lado de la puerta.

Ella se estremeció y se apartó, regalándole a May una sonrisa atormentada. El vestido de la princesa Yuta era rosa, pero como un bebé. Parecía un pelín corto: su borde colgaba lejos del suelo, dejando a la vista unos pies algo patizambos. Yuta escudriñaba el espejo con expresión impasible y sombría, y desde el espejo la contemplaba con expresión impasible y sombría una zagala fea y larguirucha, a la que

el lujoso vestido le quedaba tan bien como un chaleco brocado a una mona de circo.

—No se encorve, princesa —la sermoneó la modista.

Yuta le respondió con una mirada gélida.

—El sombrero, alteza —ofreció cortésmente el maestro sombrero.

Yuta le dio la espalda.

El sombrero, sin embargo, no estaba nada mal: representaba la lucha entre el día y la noche. En el lado de la noche, titilaba terciopelo negro sembrado de pequeñas estrellas de cristal; en el lado del día, temblaban trocitos de seda rosa. Y encima de todo esto se mecían, pendidos de unos hilos, un sol dorado con rayos-agujas y una luna-botón nacarada.

—Repugnante —dijo Yuta.

El maestro parpadeó ofendido:

—Princesa, ¡pero si es el boceto que usted misma aprobó! Todo es... exactamente...

Una alegre doncella pecosa con un puñado de horquillas metálicas en la boca ya estaba fijando el sombrero al áspero pelo de Yuta.

Yuta lanzó una mirada desesperada al espejo. Ahora las alas le ocultaban media cara, el corto velo colgaba de la punta de su afilada nariz y, debajo de él, su boca de labios finos se curvaba en una mueca de desprecio.

—¿Y si quitamos el velo? —sugirió la doncella pecosa.

La modista entrecerró los ojos, sopesándolo, y tiró del borde del voluminoso vestido rosa:

—Mejor un velo más tupido... Completamente opaco, ¿entiendes?

Y largo, hasta el cuello...

La avispada doncella asintió, aguantándose la risa con dificultad. O eso le pareció a Yuta.

Se le volvió a acercar la princesa May, dio una alegre palmada, se puso a toquetear la luna y el sol, se pinchó con un rayo dorado, se rio:

—Yuta, ¡qué maravilla! ¡Me encanta tu vestido!

La pequeña May era demasiado inocente para sus dieciséis años. Bertrana miraba a Yuta desde la distancia, suspiraba y se arreglaba el lacito de la cadera derecha.

Mientras tanto, Yuta daba vueltas al sombrero, se lo bajaba a la frente y se lo colocaba en la coronilla, mordiéndose los labios y volviéndose todavía más fea en el proceso. Detrás de su espalda, las doncellas se miraban de reojo y, al atrapar sus miradas en el espejo, ella apenas lograba contener las lágrimas de rabia. Un adefesio, eso es lo que era.

—Alteza —empezó con suavidad el maestro, pero le tiraron de la manga y se calló desconcertado. En un rincón, alguien soltó una risita aguda y le sisearon varias personas a la vez. Yuta se puso roja como un tomate.

—No te encorves, Yuta —la reprendió la princesa Bertrana a lo lejos—. No te muerdas los labios, no arrugues la frente y no hagas esas muecas. No te favorece.

Su hermana la encaró de un salto, como un muelle:

—Pues a ti sí que te favorece... Te favorece esa... ese...

No se le ocurrió qué decir a continuación. Las doncellas murmuraban sorprendidas; Yuta se dio la vuelta y salió escopetada del salón dando un portazo.

La pequeña May abrió de par en par los ojos azules, que al instante se llenaron de lágrimas:

—Pero ¿por qué... se agua la fiesta a sí misma...?

—A sí misma y a los demás —señaló Bertrana a media voz, volviéndose hacia el espejo.

Los tres reinos existían codo con codo desde hacía ya a saber cuántos siglos y, según las crónicas, habían estado en guerra sólo dos veces. La primera fue cuando el príncipe de Kontestaria raptó a la princesa de la vecina Aqmalia y se casó con ella sin pedir permiso a sus padres. Y un par de siglos más tarde, la segunda, cuando un hojalatero de Aqmalia, después de estar bebiendo en una posada, le faltó al respeto a una gata que daba vueltas a sus pies y que, como cualquiera conoce de sobra, es el animal heráldico de Alta Conta. El resto del tiempo, los tres reinos coexistían en paz y armonía, celebrando de tanto en tanto matrimonios dinásticos, así que las tres cortes estaban unidas, en mayor o menor medida, por lazos de sangre.

Banderas con caras gatunas feroces ondeaban al viento. Los preparativos para el carnaval de sombreros desplazaron por un tiempo todas las demás preocupaciones. Este año la celebración la organizaba Alta Conta y Yuta, deambulando por los pasajes del palacio, se topaba a menudo con su padre. El rey corría de un lado para otro, dando a toda prisa las últimas órdenes y mascullando su improperio favorito: «Gárrrgolas...». Su séquito, acalorado y empapado, se desplazaba evitando a Yuta como si fuera un obstáculo indeseado.

En cualquier instante llegarían augustísimas personas de los estados colindantes. Yuta podía ver desde la ventana de su dormitorio

cómo se extendían con prisas caminos de alfombras sobre los guijarros del patio del palacio, cómo se alineaba la orquesta con su reluciente latón, pulido como un espejo. En el alegre tumulto se entreveían los ricitos de May, su vestido turquesa, su sombrero con la ola erguida. La pequeña princesa se había unido con entusiasmo al bullicio que precedía a la fiesta.

Tras vagar por el palacio, pararse delante de la estantería y hojear una novela desgastada por incontables lecturas, Yuta tiró hacia abajo la falda del fatídico vestido rosa y se dirigió a las estancias de su madre.

Resultó que en los aposentos de la reina no había nadie. La tapa del clavecín estaba abierta, encima se amontonaba una montaña de cajas sombrereras, sobre la alfombra yacía olvidado un bastidor. Yuta lo levantó sin pensar y vio que su madre estaba bordando una escena de la leyenda de la doncella raptada por el dragón. El verde dragón de seda ya estaba terminado y expulsaba llamas naranjas, pero a su víctima aún no la representaban más que un par de puntadas.

Sin un objetivo concreto, Yuta se encaminó a los aposentos de las damas de honor.

Mientras andaba, iba rozando las molduras de las paredes, suspiraba, intentaba tocarse la nariz con la punta de la lengua. Por suerte, las galerías estaban vacías y nadie podía juzgar si eso le favorecía a Yuta o no. La detuvo una conversación apagada en la distancia; Yuta reconoció la voz de su madre y miró hacia los lados intentando identificar de dónde procedía el sonido.

—... y parte de culpa es nuestra —confesó con un suspiro la reina.

Yuta, vacilante, caminó hacia la voz y acabó en una habitación

separada por una pesada cortina. Allí, detrás de la pared de terciopelo, la reina prestaba oído a la respuesta de su interlocutora.

—Lo dudo, majestad. Usted no le ha negado ni cuidados, ni cariño.

El corazón de Yuta se paró por un instante para luego volver a latir confusa y caóticamente.

—El astrólogo asegura que hoy hará buen tiempo durante todo el día —la dama, al parecer, intentaba cambiar el tema de conversación.

La reina suspiró con fuerza, abatida.

—Ah, querida... No solo su cara y su figura; esa personalidad nefasta, irritable y tozuda... Habrá que aceptar la realidad: si sigue así, jamás se casará.

Yuta se dio la vuelta en silencio y salió al corredor. Un paje que pasaba a toda prisa cargando una sombrerera dio un salto al verla.

No, no iba a llorar. ¡Mil gárgolas! Si se pusiera a lloriquear por cualquier tontería...

Avanzaba arrastrando los pies, como si estuviese ciega. Las lágrimas le formaban un nudo en la garganta.

En el patio bramaron con alegría las trompetas: los augustos invitados por fin habían llegado. Los reales consortes de Aqmalia con su hija Olivia, y el anciano rey de Kontestaria con su hijo...

Yuta sollozó.

Sentada sobre la hierba del parque vacío del palacio, decidió que ya no le iba a aguar la fiesta a nadie. Iba a... marcharse para siempre. Ahora mismo.

Se sintió algo aliviada.

Era su juego favorito, el de Me-Voy-Para-Siempre. Solía recurrir a él cuando tenía el ánimo por los suelos.

Volvieron a cantar las trompetas. Yuta se levantó y, encorvándose más de lo habitual, se encaminó a la puerta principal.

Se marchaba al exilio, nunca volvería a ver a su madre, a su padre, a Bertrana y a May. Jamás regresaría al viejo parque que guardaba los recuerdos de su infancia.

Al principio Yuta avanzaba con bastante decisión, pero, sintiendo la amargura de su exilio con más fuerza a cada paso, acabó creyéndose. Se conmovió hasta el fondo del corazón y, murmurando con labios reacios «querida mamá, perdóname», prorrumpió en sollozos abrazada al tronco de un viejo plátano. En su sombrero, el sol dorado tintineó afligido al chocarse con las estrellas de cristal.

Las lágrimas le ayudaron a recuperar el equilibrio emocional.

Yuta se sentó en el borde de una fuente que refunfuñaba por lo bajo, apoyó la barbilla sobre el puño y se perdió en sus pensamientos.

En realidad, si tenías la nariz un poco más larga de lo aceptable, la boca más grande de lo que la gente estaba acostumbrada a ver, y en estatura te asemejabas a un guardia real; entonces, muy señores míos, algo que también tenías era tiempo más que suficiente para las reflexiones. Por alguna razón, al oír la palabra *princesa* todos sonreían y se apresuraban a añadir *bella*. Y si la princesa era un poco menos agraciada de lo que se esperaba, ahí llegaba la humillación y la amarga decepción.

En el fondo del parque, un pájaro carpintero se puso a picotear un árbol. Yuta se paró a escucharlo y sonrió despistada. Se preguntó cómo se las apañaría el ave para traspasar la corteza si tuviera la naricita de Bertrana.

Se tocó la nariz con satisfacción y su sonrisa se iluminó más.

Aunque se le apagó enseguida.

Bertrana... No debía haberle gritado. ¡Gárgolas, aquella no era forma de tratar a una de las pocas hermanas que tenía!

Resuelta a decirle algo muy agradable a Berta durante el día, se tranquilizó.

En la fuente daban vueltas pececitos dorados; Yuta metió la mano en el agua tibia y verdosa y, al momento, los pececitos se pusieron a besuquearle la palma. ¿Cómo harían los peces para respirar bajo el agua? Cuando era pequeña, Yuta lo intentó una vez y casi se ahogó...

No pudo soportar las cosquillas, se rio y sacó la mano, levantando una lluvia de gotas de colores.

Sí, mil gárgolas, su nariz de verdad parecía un punzón, pero, queridos míos, era capaz de distinguir los aromas de cinco clases de rosas, ¡y ni hablemos de quesos y salsas con carne! Y en cuanto a los ojos, no importaba el tamaño, sino tener buena vista... No volvería a morderse los labios, probaría manjares mejores, y tampoco debía encorvarse... Y, por descontado, mamá tendría que retirar lo que dijo sobre su irritabilidad y tozudez. ¡Diez mil gárgolas! ¡Como si la princesa Yuta no fuera capaz de controlarse!

En la plaza del palacio sonaron de nuevo las trompetas. Yuta se levantó de un salto: ¡seguro que hacía rato que había llegado Austin!

Echó un vistazo al agua de la fuente —su nariz y ojos ya no revelarían que había estado llorando— y, recogíendose la falda, trotó dirección al palacio.

Cuando se encontraba en mitad del paseo flanqueado por bojés, la llamaron. Fue como si la sonora voz de May llenase cada rincón del parque:

—¡Yuta, Yuta! ¡Aquí estabas!

Rompieron a reír varias voces jóvenes.

Yuta se dio la vuelta.

Por el caminito cubierto de arena de mar desfilaban del brazo Bertrana y la princesa Olivia de Aqmalia. May correteaba alegremente a su alrededor. La confidente de Olivia —¡resultaba que Olivia tenía una!— portaba con solemnidad, como si fuera un bastón de mariscal, un colorido parasol; y las seguía algo rezagado Austin, el príncipe de Kontestaria, que iba masticando una brizna de hierba.

Durante un minuto, Yuta contuvo el aliento. Hacía casi medio año que no veía a Austin, que estaba bronceado y parecía haberse vuelto más alto de estatura y más ancho de hombros. El escote de su fina camisa blanca dejaba a la vista el cuello, las clavículas y una piedrecita-talismán en una cadena dorada, que se balanceaba al ritmo de sus pasos.

A Yuta le entraron ganas de huir, pero, en vez de eso, sonrió de la forma más amistosa posible y dio un paso adelante.

—¿¡Dónde estabas!? —exclamó la risueña May—. La ceremonia de bienvenida, la orquesta... ¿¡Has visto el carruaje de Olivia!?

—Papá pagó diez lingotes de oro por él —comunicó con voz suave Olivia. Si a las hermanas pequeñas de Yuta las consideraban bonitas, la princesa de Aqmalia era famosa por su belleza incluso mucho más allá de las fronteras de su reino. Llevaba un vestido dorado deslumbrante, que le fluía por el cuerpo como cascadas de sol, y su sombrero lo adornaba un cisne dorado con plumas auténticas y pico de ámbar.

—Hola, Olivia. Hola, Austin —farfulló Yuta.

Austin sonrió y, como de costumbre, se le marcaron los hoyuelos

en las mejillas morenas.

—¿Por qué no has asistido a la ceremonia, Yuta? —preguntó Bertrana en voz baja.

A Yuta se le quitaron de golpe las ganas de decirle algo agradable.

Olivia supuso con la misma voz aterciopelada:

—Tal vez a Yuta no le guste que vengan invitados...

A saber por qué, su confidente soltó una risita.

De repente, Bertrana abrió los ojos como platos:

—¡Tu vestido! —susurró horrorizada y, siguiendo su mirada, Yuta descubrió que los tallos de hierba habían dejado manchas en la seda rosa.

—¡No pasa nada! —sonrió ligeramente Olivia—. Estas diminutas manchitas verdes no estropearán un vestido rosa tan grande... ¿Verdad, Yuta?

La confidente volvió a reírse.

—Aunque —continuaba Olivia con falsa amabilidad—, aunque al sombrero... quizás habría que coserle algo verde, para que combine.

—¿Verdad que el sombrero de Yuta es maravilloso? —se entremetió la alegre May—. Lleva el sol y la luna...

Olivia estiró con deliberación su fino cuello, se puso de puntillas mostrando lo mucho que le costaba ver el sombrero de la larguirucha Yuta, y anunció:

—Bueno, el sol sí que lo veo..., pero en vez de la luna, señores, cuelga un triste hilito... Supongo que el astro se habrá desprendido trágicamente durante el paseo de la princesa Yuta por el parque. ¿Quizás deberíamos ir a buscarla juntos?

—Qué pena... —murmuró May y sus ojos se humedecieron.

—No pasa nada —intervino Austin con vehemencia—, Yuta tiene tiempo para arreglarse. Todavía queda una hora para el inicio, ¿verdad?

—Ve al palacio, Yuta —sugirió Bertrana.

—¡Para qué! —exclamó Olivia—. Dudo que vaya a quedar mucho mejor que ahora..., ¡a no ser que Yuta se ponga un velo del todo opaco!

La confidente inspiró sonoramente y habló, conteniendo la risa con dificultad:

—Sí..., y que se envuelva... ¡Que se envuelva con él por completo!

May se limitó a parpadear y Bertrana calló, temerosa de dañar su buena relación con la belleza de Aqmalia. Austin, disgustado por la insolencia de Olivia, estuvo a punto de reprender a la dama de compañía; pero, justo en ese momento, Yuta recuperó el don de la palabra.

—Hay a quienes les gusta acarrear perritos falderos allá donde van —dijo con todo el desprecio del que era capaz—. Felicidades, Olivia, ¡tu perra es clavadita a ti!

—Es mi confidente —respondió la bella sin inmutarse—. Aunque tú nunca vas a tener una. Una dama de compañía no debe ser más agradada que su señora; ni me imagino cuánto iban a tardar en encontrar una... ¡para ti!

¡Austin! Estaba al lado y lo había oído *todo*.

De un salto, Yuta se lanzó sobre Olivia y la agarró del pelo. May gritó asustada, Bertrana sufrió una conmoción, el príncipe se quedó congelado. Yuta no vio nada de eso. Volaron plumas del cisne dorado, llovieron estrellas de cristal, se rasgó el vestido rosa.

Con sorprendente agilidad, la confidente de Olivia atacó a Yuta

por detrás.

—¡Quitadme de encima a este espantajo! —chillaba Olivia.

Tras muchos esfuerzos, Austin logró separar a una Yuta enmañada y arañadora de las dos aqmalianas. El sombrero, que ahora había perdido también el sol, estaba tirado en la hierba convertido en poco más que un trapo.

Sin preocuparse ya por las formalidades, Yuta apartó de un empujón las manos del príncipe y, saltando un seto de boj, se dio a la fuga.

La inauguración del carnaval se tuvo que posponer una hora y media.

Se barajó que la princesa Yuta no participase en la fiesta y solo la mediación del príncipe Austin hizo posible que el castigo se aplazara.

Los percances que había sufrido el vestido dorado de Olivia eran, por suerte, insignificantes, y las hábiles costureras de la corte pudieron repararlo por completo. Peor habían quedado los finos rasgos de la bella; los arañazos largos y profundos se tuvieron que pintar y empolvar con esmero.

A Yuta le ofrecieron fríamente el vestido de una de las damas y un sombrero sencillo, sin adornos. Aunque a ella ya todo le daba igual.

Justo antes del inicio de la celebración, la avispada carita de May se asomó al cuarto de Yuta. La hermana pequeña llevaba bajo el brazo una caja sombrerera.

—¡Prométeme que lo vas a aceptar!

—¿Qué hay dentro? —preguntó Yuta con indiferencia.

—¡Prométemelo! —May no se podía estar quieta de la impaciencia.

—Te lo prometo...

Abrió la caja cuando May ya se había marchado corriendo.

Bajo la tapa yacía, destellando con sus lentejuelas en del mar de terciopelo, el sombrero coronado con la ola.

La magnánima May había entregado su sombrero al desastre de su hermana.

Hacía tiempo que el carnaval se había convertido en la fiesta favorita de los tres reinos.

La soleada plaza estaba abarrotada. Pandillas de niños colgaban de las farolas como racimos de uvas y los sombreros oscilaban sobre la multitud como flores inimaginables de los más diversos tamaños, estilos y colores. Los ingeniosos habitantes habían decorado sus sombreros con cascabeles y campanitas, molinetes y pastelitos de crema y, uno especialmente gracioso, con un ratoncito blanco en una jaula. Como era habitual, desde la mañana soplaba una ligera brisa y los sombreros estaban bien sujetos a las barbillas con cintas de raso para evitar contratiempos.

Abrió la ceremonia el desfile del gremio de los maestros sombreros. Delante marchaba el sombrerero real, el mismo que había confeccionado los sombreros de las princesas. Sobre su cabeza ondeaba el estandarte del gremio con la imagen de un gorro de dormir.

Los sombrereros se colocaron en fila delante del podio tapizado, sobre el que se asentaban solemnemente las tres familias reales. El vestido dorado de Olivia era el centro de todas las miradas, y a cada rato alguien exclamaba: «¡Ah, qué belleza!».

Yuta se sentaba con la cabeza gacha, sin atreverse a mirar en la dirección de Austin y notando en la espalda la cercanía de su presencia.

El rey padre pronunció un breve parlamento sobre prosperidad y abundancia, tras el cual cedió la palabra al coordinador del festival, coronado con un gran sombrero de copa blanco.

Este soltó una cascada de bromas, el público rio. Luego, a la señal de su largo bastón cubierto de hiedra, todos abrieron sus monederos y soltaron las avispas cazadas y guardadas presas en su interior, pues, según la creencia, una vez la avispa saliera del monedero, iba a entrar dinerito. Algunos codiciosos no tuvieron suerte y tiraron al suelo con decepción los insectos que la habían espichado antes de tiempo —eso, como era sabido, pronosticaba pérdidas.

Después se anunció el duelo de erizos de pelea. Los combates se llevaban a cabo sobre un enorme y redondo tambor; la multitud reía y aplaudía y el coordinador aceptaba apuestas. Los erizos, pintados de colores vivos por sus dueños, resoplaban y bufaban mientras pateaban la gruesa piel del instrumento, haciéndose bola cada tanto para, acto seguido, desplegarse de repente y pegarle un bocado a la negra y larga nariz de su adversario. El tambor zumbaba con un redoble increíble; la ganadora resultó ser una pequeña eriza pintada de bermellón, que destacó por su carácter de lo más feroz.

Llegó, al fin, el momento del desfile de sombreros. La ola de terciopelo con el barquito y el pescador debería haberle granjeado un premio a su portadora, pero Yuta renunció a participar en el concurso. El primer puesto lo ocupó, por descontado, el cisne dorado de Olivia, a pesar de estar un poco desplumado.

El sol se alzaba alto, la primera parte del carnaval se acercaba a su fin. Quedaba por delante el entretenimiento nocturno: danzas en corro con antorchas, vino gratuito proporcionado por el gremio de

los sombrereros y fuegos artificiales pagados por las arcas del Estado, además de bailes y jolgorio general.

Las familias reales se pusieron en pie para, tras la vuelta de honor, volver al palacio y descansar hasta la llegada de la oscuridad.

La orquesta real estalló ligeramente desafinada; la multitud, que se había dispersado un poco, agitó pañuelos a modo de despedida, y el coordinador bajó su bastón y se secó aliviado la frente con una bocamanga de encaje.

Sopló una brisa y refrescó la frente caliente de Yuta. Nada excepcional, si no fuera porque, en ese mismo instante, la brisa se transformó en una fuerte ráfaga de viento caliente y áspero.

Los ciudadanos refunfuñaron con indignación: a alguien se le había acabado volando el sombrero.

Yuta agarró con las dos manos las alas celestes de terciopelo y miró el sol.

El sol no estaba. Sobre la plaza había caído una espesa sombra negra, a pesar de que el astrólogo real hubiese pronosticado con certeza un día completamente despejado.

Volvió a azotar el viento, repentino, feroz. La plaza fue envuelta por un olor penetrante y antinatural, que hacía lagrimear los ojos y secaba la garganta.

Durante un instante se hizo el silencio, tan absoluto que desde las alturas llegó claramente el silbido del aire siendo cortado. El sol reapareció y volvió a desaparecer, como tapado por una nube que galopaba enloquecida.

—¡Aaah!

El grito estridente de una mujer rompió la parálisis colectiva.

Dominados por el pánico, los habitantes se lanzaron en todas las direcciones, pisoteándose y volcando las carrozas festivas.

Yuta estaba de pie sobre el podio tapizado y se sujetaba el sombrero de May en la cabeza con todas sus fuerzas, pues todavía no se le había ocurrido nada más importante que hacer.

Vio cómo su padre rodeaba con una mano a Bertrana y con la otra a la reina, e intentaba abrirse paso entre la multitud hacia el carruaje parado a lo lejos; cómo Austin empujaba a May bajo el podio y cómo Olivia, sin perder la compostura, también se iba metiendo allí; cómo daba vueltas en el centro de la plaza un tornado de polvo, en el que danzaban, cual mariposas enloquecidas, banderolas de colores arrancadas...

La oscuridad se espesó.

Yuta levantó la cabeza y vio arriba, en el cielo, una panza marrón y escamada y, pegadas a ella, unas zarpas extendidas como garfios. Se le doblaron las rodillas.

—¡Yuta, huye, sálvate!

Le pareció oír la voz de Austin.

Sin dejar de sujetarse el sombrero con las dos manos, Yuta se lanzó disparada con la absoluta seguridad de que jamás volvería a detenerse.

Corría por la plaza desierta, corría a ciegas, y el olor la perseguía a oleadas. Tropezaba con bolsos tirados, banderas y sonajeros; y sobre ella volaba en círculos, ocupando el cielo entero con su cuerpo, un monstruoso reptil alado: el dragón.

—¡Yutaaa!

Divisó a Austin.

Corría hacia ella a grandes zancadas, con la boca abierta de par en par, pero sus gritos se los llevaba al instante el viento.

Yuta intentó correr hacia él, pero, de repente, Austin estaba abajo, debajo de ella. Durante un rato pudo ver su cara levantada, desencajada por el miedo, el escote abierto de su camisa y una piedrecita-talismán en una cadena dorada. Pero luego la plaza se volcó, como se vuelca un plato, y Austin se volvió pequeño como el pescador de porcelana en el sombrero celeste.

Yuta miró desde arriba el palacio, el parque, la plaza y las calles, a la gente que correteaba despavorida...

Sujeta con fuerza en las garras del dragón, la princesa Yuta se iba alejando cada vez más de su casa, arrastrada a un lugar desconocido por un repulsivo monstruo.

Entonces se puso a gritar. Pero nadie la oyó.

La historia continúa en
El Ritual, de Marina y Sergey Dyachenko



Tapa dura *Acabado *soft touch** *Estampado dorado en cubierta*
Formato A5 *408 páginas* *PVP: 19,95€* *A la venta el 17 de julio de 2023*

¡Pídelo ya en tu librería habitual
o en www.ediciones-tomodomo.com!